



---

# CRECIMIENTO CON EQUIDAD

*Ricardo LAGOS*

**E**l crecimiento con equidad sigue siendo un enigma no revelado: es, al mismo tiempo, una crítica a lo que falta, una aspiración que queremos lograr pero, sobre todo, una propuesta sobre lo que debemos hacer.

En Chile fue Fernando Fajnzylber quien primero intuyó que ésta sería la discusión del futuro. Discusión que obligaría a juntar dos partes artificialmente escindidas en el análisis social ya por demasiado tiempo: la de cómo crecer y la de cómo mejorar nuestra situación de equidad. Ello nos obliga a cruzar las fronteras de las disciplinas sociales y superar las divisiones entre enfoques parciales del problema.

El crecimiento con equidad es un tema con facetas económicas, políticas, sociales y culturales. Pero, en definitiva, es la formulación hoy del tema ético de siempre, a nivel individual y a nivel social. Este es el momento justo para analizar este tema. De los ámbitos más insospechados y dispares viene el mismo clamor: es necesario crecer con equidad. Diversas instituciones o grupos lo frasean de distinto modo, pero el sentido es nítido.



Este llamado debe ser atendido pronto, hoy, aquí, por nosotros y por todos. Es un tema de convocatoria amplia y de despacho urgente.

### **El cambio que queremos**

Sin embargo, sigue habiendo personas más preocupadas de mantener lo que existe, aunque muchos queden marginados de sus beneficios. En toda sociedad existen personas conservadoras y también personas que están por el cambio. Esto ha sido siempre así: somos herederos de antiguas tradiciones libertarias; nuestros afanes de justicia se enraizan en luchas centenarias que se han dado para que el valor de la persona sea reconocido.

Para mejorar las cosas es necesario imaginárselas distintas y buscar luego la manera de recorrer la distancia entre los sueños de hoy y los hechos de mañana. Por lo tanto, es imprescindible ejercer las cualidades más específicamente humanas: la compasión, el sentir con los demás; y la imaginación que haga posible realizar el propósito común de una vida más plena.

Los conservadores de hoy se llaman neoliberales y han demostrado, con una visión estrecha, que su imaginación se agota en unas pocas fórmulas preestablecidas: por eso la suya es una ideología que se debilita en todas partes. El gran desafío de la hora consiste en que el cambio es posible, y es necesario que estas generaciones estén a la altura de sus posibilidades; dispuestas a elegir las opciones que verdaderamente puedan construir nuestra libertad. Es la hora, pues, de precisar nuestras críticas y de clarificar nuestras propuestas; sólo así verán los jóvenes que sí hay un camino y que las pesadas inercias de la mediocridad pueden ser removidas.

### **La ciudadanía que queremos construir**

Hemos visto por años el despliegue de una ideología conservadora según la cual la principal libertad que hay que respetar es la de comprar; nada más natural que el respeto a los individuos dependa del dinero que tengan para gastar. No hay consideración hacia las personas, la diversidad de sus intereses, la profundidad de sus anhelos, la delicada complejidad de los lazos que las unen. Pocas veces se ha marcado un reduccionismo tan extremo como éste. Es una ideología degradante que, al mismo tiempo que consolida la inequidad, quiere que nuestra



participación sea en el crédito, que nuestros sueños sean sólo de más y más consumo.

Las sociedades que el neoliberalismo pretende justificar no funcionan según valores, sino de acuerdo con los desniveles y vaivenes del poder adquisitivo. En estas sociedades el éxito es el único Norte. Se nos quiere quitar así nuestro sentido de comunidad, nuestro sentido de pertenencia en esta empresa común que son nuestros países, nuestras regiones, nuestras comunas, incluso nuestras familias. ¿Quién responde por este vacío que nos han dejado, por este vaciamiento de los conceptos de patria, amistad cívica y solidaridad humana?

La derecha es muy consistente en este sentido. Valida el mercado como la principal relación social, porque sabe que allí está sobrerrepresentada; y siempre busca achicar, empequeñecer, los ámbitos públicos en todos los terrenos.

Pero, la verdad es que no hicimos un viaje tan largo para esto. Es cierto que la gente quiere consumir y tiene derecho a hacerlo, sobre todo aquellos que han estado impedidos de hacerlo por años o aun por generaciones. Pero la gente quiere, sobre todo, ejercer en plenitud sus derechos de ciudadano, su titularidad inalienable para decidir cómo debe ser nuestra comunidad; quiere controlar a quienes están a cargo de la conducción de los asuntos públicos. Por eso es el ciudadano el que determina el gasto público. Aquí somos todos iguales. En el mercado, no.

La gente quiere atreverse a una libertad más amplia que la del supermercado; quiere regir sus actos por la ética y no sólo por el cupo de su tarjeta de crédito; quiere expresar su humanidad de las maneras más diversas, aunque no luzca la ropa que la publicidad quiere dictarle. Quiere expresar el carácter integral del ser humano, por sí misma y en forma de comunidad.

### **Avanzar en la igualdad de oportunidades**

A estos conservadores sin compasión y con imaginación tan unilateral les importa poco la desigualdad, se sienten cómodos con la exclusión consolidada como sistema. Les parece que la distribución de las oportunidades y del ingreso son temas de los que no se debe hablar. Muchos de ellos no ignoran que hay una obligación moral —esto es, que obliga por sí misma y no sólo por sus resultados útiles— en el sentido de progresar hacia una mayor igualdad de oportunidades. Pero como no tienen soluciones, a menudo prefieren negar el problema.



Esto es comprensible; ya no es secreto para nadie que el mecanismo social del neoliberalismo, el chorreo, no funcionó; fracasó en todas partes, incluyendo las experiencias de Inglaterra de los ochenta y recientes de los Estados Unidos.

¿Qué pasa en los países de América Latina? Vemos como aquí subsisten situaciones muy básicas de discriminación y de exclusión a las que debe ponerse remedio; resabios tradicionales como el racismo y el clasismo; la hipertrofia centralista; el machismo y la situación desmedrada de los niños. Todas ellas son verdaderas estructuras de lo antiguo y de lo injusto. No hay cohesión social.

Para poder superarlas estamos obligados a diseñar políticas más eficientes y eficaces en aquellos terrenos que son definitorios de una comunidad en que la vida sea justa para todos. Al respecto son indispensables las políticas sociales y sobre este tema seamos claros: para mejorar la distribución de las oportunidades educacionales, por ejemplo, hay que entregar más recursos en los barrios marginados que en los residenciales, porque las condiciones no son iguales. ¡No podemos estar de acuerdo con la consigna según la cual hay que subsidiar por igual todas las demandas, sin resguardar qué pasa con la igualdad de oportunidades!

Por otra parte, sabemos que las políticas sociales tienen limitaciones. Ellas sólo pueden aliviar las desigualdades generadas por el juego irrestricto de nuestras economías todavía tan distorsionadas; es este un juego entre actores con oportunidades tan disímiles y en mercados tan poco transparentes como los que caracterizan a nuestras sociedades. Así como rechazamos la concentración de los mercados, debemos rechazar también la concentración de las oportunidades en unos pocos grupos sociales.

Sabemos, por lo tanto, que es necesario mejorar el acceso al proceso mismo de creación de la riqueza; ampliar las oportunidades empresariales a quienes tengan talento para ello y que no parezca que el espíritu emprendedor es una herencia genética; asegurar el crédito para tanta iniciativa que se ahoga en la falta de capital de trabajo; y establecer las condiciones al interior de las empresas para obtener los frutos de la colaboración en los que se ha basado el éxito de otros países y regiones. ¡Esta es la cancha en la que se mide el respeto al talento empresarial, en la que se concretan los discursos sobre la libre iniciativa!

Es nuestro deber asegurar oportunidades de trabajo para todos y una economía flexible que permita un crecimiento acelerado.



Pero con flexibilidad para todos: deben darse las condiciones financieras y de capacitación para que los trabajadores puedan cambiar su empleo.

Como ayer, la educación es la clave y hoy no podemos contentarnos con menos que con lograr el acceso de todos a una educación a la altura de las necesidades, educación de calidad mundial; educación que libere potencialidades y que no sea cómplice de acallarlas y de reproducir la desigualdad: educación para la creatividad que requerirá el mundo nuevo. Educación preescolar, que aumente las posibilidades de los niños y combata la discriminación contra la mujer, incluso en el corazón de la familia. Una verdadera reforma universitaria que reconozca las responsabilidades recíprocas entre las universidades con nuestras sociedades y que garantice el acceso en función de las capacidades de los jóvenes.

### **Los equilibrios macroeconómicos son irrenunciables**

Esta tarea no es posible sin una economía sana; los equilibrios macroeconómicos son irrenunciables. Nadie puede dudar hoy sobre la indispensable necesidad de asegurar esta condición de base de nuestro desarrollo; la manutención de las cuentas públicas ordenadas y del ejercicio de la responsabilidad fiscal.

Pero, ¿es que con ello nos hemos pasado al enemigo?; ¿es que, como a los neoliberales, no nos importa que la gente esté mal, si la economía está bien?

De manera rotunda decimos que no, que seguimos pensando que la economía no es sino el modo en el que la comunidad atiende sus necesidades materiales. Y que no se puede culpar al instrumento si algunos son desafinados o no quieren escuchar algunas notas.

La gente, especialmente los pobres, pagó y sigue pagando muy caro por estos equilibrios en nuestro continente, y a ellos también les corresponde una participación justa en los frutos de la estabilización y la transformación productiva. Por lo demás, son nuestros gobiernos, los gobiernos de centroizquierda tanto en América Latina como en Europa, los que verdaderamente pueden mantener este pilar del desarrollo.

¿Por qué la España de Felipe González mejoró todos los indicadores sociales y la distribución del ingreso? ¿Fue, acaso, porque atropelló a la macroeconomía? Nuestros gobiernos de la



Concertación, ¿han corrompido la economía para disminuir la pobreza?

Por eso nos hemos ganado con votos el derecho a proponer el próximo paso, porque todo logro obliga a otro. La ciudadanía no quiere menos, quiere más; la ciudadanía no quiere desorden macroeconómico o inflación, pero tampoco acepta que sobre este pilar de desarrollo tan trabajosamente construido se edifique una mansión para pocos; sabe que la solidez de este pilar —que ella asegura— permite la construcción de un país mejor y ahora nos exige la construcción urgente de ese país.

Con la misma energía con la que cuidamos los equilibrios macroeconómicos debemos buscar los equilibrios sociales; es cierto que necesitamos estabilidad de la moneda para el aumento de la inversión y del producto, pero nunca podemos perder de vista que los queremos para lograr progresos en la educación, la salud, la vivienda, la seguridad ciudadana, el medio ambiente y la previsión. ¡Las cosas al servicio de la gente y no la gente al servicio de las cosas!

En el mundo sin fronteras en que nos tocará vivir es necesario hacer frente a los desafíos de competitividad sin menoscabar aspectos básicos de la ciudadanía económica y social. Con responsabilidad macroeconómica y fiscal, pero también con voluntad política, es posible conciliar las exigencias de la internacionalización de las economías con protección social y flexibilidad en los mercados. Con ello no sólo se gana en competitividad sistémica, también en cohesión social y en robustecimiento de la institucionalidad democrática.

### **Sector público y sector privado**

Para realizar estas tareas necesitamos un Estado de calidad, un sector privado abierto al cambio y una comunidad participativa. Vimos el auge y vemos la caída de un enfoque equivocado sobre el papel del Estado en el desarrollo: declaraciones y conferencias trataron de convencernos de que el mundo aún era plano; que lo único importante es que el Estado sea lo más insignificante posible, que la mejor intervención pública es la que no se hace.

Hoy, después de la crisis de México en 1994-95 y de la República Checa y de Tailandia en este año, el mundo viene de vuelta. Los mismos que promovían el inmovilismo público nos dicen que en tales experiencias falló la supervisión del sistema



financiero y bancario, que no hubo esfuerzos suficientes para mantener el crédito externo en un nivel susceptible de administrarse sin daño excesivo a la estabilidad macroeconómica interna y externa.

Hoy resulta claro que el juicio sobre el papel del Estado, el sector privado y la comunidad en el proceso de desarrollo debe basarse en su participación en las políticas que conforman la estrategia de desarrollo económico y social, y no en su tamaño. ¡Tantos años de debate para una conclusión tan evidente!

Sobre este tema permítanme una reflexión más personal. Como Ministro de Obras Públicas del gobierno del presidente Frei, me ha tocado aplicar una política que eleva la participación privada en la provisión de infraestructura a niveles inéditos en la historia de Chile contemporáneo y que, por lo mismo, permite al mismo tiempo aumentar la provisión de infraestructura social, también a niveles históricos.

No me cabe duda que, en las condiciones adecuadas, el sector privado —compuesto por sus empresarios y sus trabajadores (lo cual a veces se olvida)—, realiza un enorme aporte de talento y de recursos al desarrollo nacional. Pero, más allá del aparato gubernativo y las corporaciones privadas, lo decisivo es que la sociedad misma incida directamente en lo público. Hay que poner a la gente en el centro de nuestra foto del país: ¿qué sentido tiene el sector público, sino el de servir con eficiencia y de manera honesta a sus mandantes? Digámoslo con claridad, ¡nada puede justificar la más mínima corrupción con fondos públicos, nada puede justificar la ineficiencia con los recursos públicos que siempre son escasos!

Por otra parte, ¿qué es el sector privado sin la gente?, ¿puede pensarse un segundo en la empresa privada sin sus trabajadores, sin consumidores para sus productos, sin sistemas nacionales de ahorro, infraestructura y tecnología financiados por la comunidad? ¡Basta de simplezas y formulaciones ideológicas sobre estos temas; la gente es y será siempre más importante que cualquier clasificación que de ella quiera hacerse!

Hoy son posibles nuevas formas de participación y mañana habrá todavía más; para ello las organizaciones y las personas necesitan espacio y organización, sin otro requisito que el de actuar con transparencia y sujetos al escrutinio público. Al mismo tiempo, la gente necesita protección y seguridad frente a los enormes e impersonales mecanismos de regulación pública y de entrega de servicios; los consumidores deben poder confiar en que los fraudes no serán tolerados. No cabe duda de que se



requieren cambios en las normas y prácticas al respecto; la figura del ombudsman es necesaria en diversos sectores.

Los partidos políticos deben estar atentos a estos procesos, que amplían el ámbito de lo público, densificando los intercambios y equilibrios. Si, en cambio, les dan la espalda y se encierran en sus dinámicas internas, la gente los percibirá alejados del interés público.

### **Una democracia de la que nos enorgullecamos**

Sobre todo, necesitamos una democracia de la que podamos enorgullecernos. La democracia es nuestro camino desde siempre, no somos recién llegados a ella y jamás hemos propuesto o apoyado su desnaturalización. Por eso les pedimos algo de modestia y consecuencia a quienes piensan que cualquier cosa que no es dictadura ya es democracia. Son muchas las ataduras de la democracia que aún subsisten en toda la región, muchas las inhibiciones a la expresión sin cortapisas de la opinión de la gente.

Sólo la ciudadanía, esa expresión concreta de la soberanía, puede ser la base del cambio. Son los ciudadanos quienes deben conformar una agenda pública que los interprete. Esta agenda es la única en que puede basarse un conjunto jerarquizado, consistente y financiado de políticas públicas. Es la ciudadanía la que debe demandar su cumplimiento, y de quien corresponde esperar participación y apoyo mientras dichas políticas se hacen realidad.

¡Esta y no otra es la base de la gobernabilidad en nuestros países! ¡Sólo así se puede asegurar el desarrollo de la región! Y la razón es tan simple: nadie sabe mejor que la comunidad qué necesita y cómo quiere hacerlo. Los titulares de la soberanía no requieren precalificaciones o certificados, no tienen que concursar o pertenecer a corporaciones. La base de la grandeza a que aspiramos siempre se deberá fraguar en actos libres como el de una persona al momento de emitir su voto.

Por eso debemos seguir luchando por la libertad y porque se respete este derecho de cada persona: ser críticos con la falta de tolerancia, una gran amenaza de nuestros días. Se debe luchar por el pluralismo en todos los ámbitos de la vida de las personas. Nuestro pensamiento y acción deben defender especialmente a aquellos sectores o grupos que se ven postergados o que nunca han tenido el derecho a ser diferentes, a expresarse, a tener costumbres distintas.



¿Qué hace viable esta propuesta?; ¿en qué, en definitiva, basamos nuestra esperanza, esa que no se ha borrado ni siquiera en los momentos más amargos de nuestra historia?

La respuesta es una sola: confiamos de manera profunda, resuelta y definitiva en las personas y, porque sabemos que sin esa confianza el mundo no será nunca más que una inmensa soledad. Sabemos que las personas pueden dar lo mejor de sí siempre que tengan libertad de pensar, de ver, oír y pensar; libertad de ser, basada en la confianza de sentirse un ser humano con igual oportunidades y deberes que los demás. Estamos convencidos de que sólo en libertad es posible actuar de manera ética: sabemos que proceder bien es difícil y costoso, pero posible para personas plenas. Que es innecesario codificar todas las conductas, y que los derechos humanos recogen códigos que todos aceptamos.

Nuestras conciencias libres nos hablan de una ley moral que funda nuestros deberes hacia los demás, no sólo como individuos que cruzamos en nuestro camino, sino como vecinos y compañeros de la empresa de vivir; tan difícil, injusta y opresiva para muchos. De allí se desprende nuestro sentido de compasión y nuestra obligación moral de progresar hacia una mayor igualdad de oportunidades.

Esa voz que nadie puede apagar es la base de nuestra confianza en las personas. Más allá de los empobrecimientos materiales y espirituales que se busca imponer sobre la gente, subsiste la sensibilidad a la injusticia, al dolor y a la discriminación. Resulta doloroso ver como algunos se atrincheran en una concepción simplista de la sociedad y no les importa el sufrimiento que pueda causar el desconocimiento de la realidad social, también entre ellos mismos. Cuando en una sociedad es difícil integrar el discurso privado y el discurso público, se pierde la distinción entre la responsabilidad individual y la colectiva. Es necesario, en cambio, potenciar la responsabilidad individual y colectiva, en un encuentro de la libertad individual y la responsabilidad social. La trama de relaciones sociales exige más libertad para facilitar el despliegue del potencial de las personas; al mismo tiempo, es indudable que hay temas que deben ser objeto de políticas públicas, precisamente porque son reales y son dolorosos, tales como el divorcio, la violencia intrafamiliar, el embarazo adolescente, el acoso sexual.

Me he referido a nuestros objetivos y a los medios con que queremos lograrlos. Por un compromiso de fidelidad a nuestros



---

principios estamos y estaremos siempre dispuestos a explorar nuevos caminos: el orgullo intelectual y el empecinamiento no caben en estos temas. Pero con la misma firmeza decimos que mantendremos esos principios en cualquier circunstancia.

Me parece que en el afán de ser realistas, a veces olvidamos que nuestra capacidad de soñar es también real; en el afán de ser pragmáticos, olvidamos que siempre deberá estar claro el fin por el que nos empeñamos. Si bien los sueños varían de una persona a la otra, la realidad del mundo nos es común a todos y es en ella donde podemos construir una vida como ésta a la que aspiramos: que sea libre para cada uno y justa para todos.

---